

teorema

Vol. XLI/1, 2022, pp. 127-139

ISSN 0210-1602

[BIBLID 0210-1602 (2022) 41:1; pp. 127-139]

Sentido común, filosofía y ciencia

Óscar L. González-Castán

Filosofía de sentido común, de JAVIER VILANOVA, MADRID, GUILLERMO ESCOLAR, 2021, 310 pp., 15,20 €

El tándem de conceptos “filosofía” y “sentido común” no puede ser más difícil de sostener. Cada uno de ellos parece que pedalea en sentido contrario. Desde el punto de vista de la cultura popular, la filosofía se ve muchas veces como algo completamente alejado de las preocupaciones cotidianas, cosa de la que se ocupa gente rara que no se sabe muy bien qué hace con sus vidas, al menos mientras filosofan. Si el sentido común es, con suerte y esfuerzo, lo que se despliega en el trasiego del día a día, la filosofía y el sentido común se tocan, en el mejor de los casos, solo tangencialmente. Además, somos educados en un entorno social en el que únicamente el sentido común tiene buena prensa. La filosofía tiene que ganársela.

La meta que se ha propuesto Javier Vilanova es acortar las distancias entre la filosofía y el sentido común. Así pues, no se lo ha puesto nada fácil. Ya el título de su libro, *Filosofía de sentido común*, merece una reflexión, no solo porque es chocante a la luz de la fama dispar que tienen una y otro, sino porque puede ser interpretado de tres maneras muy distintas. La primera es que puede hacerse filosofía desde el sentido común. A mostrarlo está dedicada la primera parte en la que se abordan temas con una vertiente práctica. La otra es que conviene reflexionar filosóficamente sobre el sentido común para mostrar su importancia y sus peculiaridades frente a la filosofía y la ciencia, tal y como se hace en la segunda parte. A la luz de estas dos interpretaciones conviene preguntarse si es posible hacer filosofía desde el sentido común sobre el sentido común. En concreto, argumentaré que es inevitable preguntarse si lo que se dice en la segunda parte sobre el sentido común sirve de algo para comprender el contenido y la forma de argumentación de la primera par-

te. También conviene reflexionar si, a partir de los primeros ensayos, se puede derivar de alguna manera lo que se dice en la segunda parte. Creo que la respuesta a ambas cuestiones es que no.

En la primera parte, nos encontramos con seis ensayos de temática independiente. El estilo es ameno, directo e, incluso, muy coloquial, lo cual a veces es más un obstáculo que un apoyo estilístico, sin que esto suponga quitarles rigor y sofisticación a los argumentos.

En el primer ensayo, “Quién toma mis decisiones”, el autor plantea la cuestión de si nuestras acciones diarias están más determinadas por la biología o por la cultura. Esta dicotomía, sin embargo, responde a un mal planteamiento del problema. El problema no se soluciona argumentando mejor a favor de uno de los cuernos del dilema y derrotando al otro, sino disolviéndolo. Y para hacerlo Javier Vilanova trae a colación estudios del ámbito de las ciencias del comportamiento cuyo resultado es un “empate técnico” [p. 26]*. El debate biología/cultura es un pseudo-problema. Pero hay todavía algo más decisivo en toda esta cuestión, un tercer factor que se inserta con mucha finura y sensibilidad, con mucho sentido común.

Voy a usar una palabra pequeña pero muy grande para aludir a él, aunque pueden llamarle como quieran, la biografía, el devenir, los avatares de la existencia, la corriente de los acontecimientos, la confluencia de circunstancias o simplemente “lo que me ha pasado”: la vida [p. 28].

Lo fundamental para la comprensión de nuestras acciones es el conjunto de decisiones que se han ido tomando en función de las circunstancias en que nos encontrábamos, intransferibles a otros porque en ellas están incluidas nuestras capacidades físicas y mentales y lo que hemos llegado a ser, a vivir. Cada una de estas decisiones abre y cierra posibilidades futuras y tiene consecuencias que tienen un influjo en las circunstancias que nos rodearán posteriormente las cuales, a su vez, nos obligarán a tomar nuevas decisiones en condiciones de incertidumbre en un proceso que no termina mientras vivamos. Es el drama y la faena de la vida, como dijo Ortega y Gasset [Ortega y Gasset (1933/2012) pp. 78 y 84].

El segundo capítulo, “Particulares universales. Cómo entender a todo el mundo”, es un magnífico ejemplo de filosofía hecha con sensatez y finura. En esta ocasión la pregunta es cómo nos podemos entender por muy alejados que estemos, personal y culturalmente, unos de otros. Para hacerlo tenemos que empezar identificando “particulares universales” y construir poco a poco la comprensión a partir de ellos, aunque el entendimiento pleno no esté nunca garantizado:

Los [...] “particulares universales”: acciones, reacciones y maneras de comportarse que uno puede reconocer en cualquier lugar y momento como típicamente asociadas a unas determinadas circunstancias.

[...] La universalidad surge de la comparación de los casos particulares, como resultado del extraordinario parecido que se descubre [entre ellos], y no de ninguna identidad previa [pp. 46 y 51].

La comprensión, sin embargo, no termina con un juicio sobre el otro, sino cuando se tiene que tomar una decisión conjunta la cual depende muchas veces de poder alcanzar un consenso en el que cada cual tiene que ceder unas cosas para ganar otras. Donde hay imposición, no hay comprensión.

En el capítulo tercero, “La tía memoria”, el autor aborda la importancia de la memoria en el proceso de obtención del conocimiento. La memoria, hasta ahora, ha sido “la cenicienta de la teoría del conocimiento” [p. 67]. La relevancia de la memoria en relación con las creencias que nos formamos es absoluta y esto se nota más cuanto más la perdamos o cuanto más nos hagamos conscientes de las múltiples ocasiones en que no nos podemos fiar ni de nosotros ni de los demás cuando basamos lo que decimos en la memoria. Javier Vilanova trae a colación resultados empíricos de la ciencia psicológica en los que se ve cuánto de invención y construcción puede haber en lo que decimos que recordamos. Dado que es importante recordar y recordar bien, y sabemos de nuestras limitaciones, es fundamental dotarnos de mecanismos e instrumentos que nos permitan reforzar y extender nuestra memoria y superar parcialmente sus limitaciones. Pero, como todo en la vida, si es malo olvidarse de todo, es también malo acordarse de todo, si esto fuera posible. La memoria es y tiene que ser selectiva.

En el capítulo cuarto, “Debemos (solo) si podemos”, Javier Vilanova se adentra en la cuestión acerca de si hay una dicotomía hecho/valor, si podemos derivar un “debe” desde el conocimiento de lo que “es”. Este venerable y difícil problema filosófico, sin embargo, “brinca como pulga saltarina desde el tablero de la especulación a la mesa de la vida real” [p. 97]. Esto se ve en los debates sobre el aborto, la eutanasia, el cambio de sexo, etc. La propuesta del autor es que no se deben confundir las cuestiones de hecho con las cuestiones de valor, pero tampoco cabe aislarlas o independizarlas.

Es imposible entender aisladamente dos cosas que van tan juntas como [pasa también con] la longitud y la altura, el círculo y la circunferencia, el

jinete y la montura [...] Toda discusión moral genuina es, por su propia naturaleza, indesligable de cuestiones fácticas. [p. 99]

Javier Vilanova concluye que “las cuestiones morales aparecen cuando surgen dudas sobre lo que es moralmente adecuado, y las dudas, las genuinas dudas, aparecen asociadas a cuestiones fácticas” [p. 113]. Para solventarlas no hay recetas fijas infalibles. La respuesta depende de “un montón de cuestiones de hecho que debes tener en cuenta a la hora de tomar tu decisión” [p. 115]. Es bueno saber por qué esto es así para no refugiarse en el naturalismo (deber y ser son como el agua y el aceite) o en el formalismo, para el cual el deber reina sobre el ser en cuestiones morales.

El capítulo quinto, “¿Qué hago con la humanidad?”, es uno de los más finos argumentativamente. El autor hace descender esta pregunta enorme a una más concreta: ¿cómo nos relacionamos con nuestros semejantes? [p. 117].

La manera en que uno vive es indesligable de la manera en que con-vive, y que en muchas ocasiones casi es lo mismo hablar de formas de vida, o formas de vivir, que de formas de con-vivir [p. 118].

El capítulo se centra en señalar una de las maneras prioritarias en que la mayoría de nosotros ha resuelto ya, como si fuera de suyo, este espinoso problema. Y la primera idea, terrible, es que la mayoría de nosotros la mayoría del tiempo estamos involucrados en relaciones humanas que son simplemente ficticias, aunque en diversos grados y proporciones, desde emocionarse por lo bien o mal que le va a una *celebrity*, a alterarse por una película, una novela [p. 122]. Sin embargo, esto mismo, con otros medios, ha pasado en todas las épocas. “Es universal”, es un rasgo que Rousseau describió como vivir en la opinión de los demás y opinando sobre los demás [p. 123]. Hoy en día este rasgo se ha exacerbado con todos los medios que ponen a nuestro alcance las nuevas tecnologías. Lo que internet nos proporciona es un medio, un espacio inmaterial, ubicuo, en el que “los sujetos tienden a ausentarse” [p. 132].

Sin embargo, al mismo tiempo que esto sucede, todos queremos “aparecer”, que *se* nos vea, que *se* comente sobre nosotros para no ser un cero a la izquierda. Una forma de hacerlo es publicitando todo acto de nuestra vida cotidiana, por mínimo e insignificante que sea. Convertimos el “espacio” de internet en el lugar donde aparecemos para ser vistos desde todos los lugares posibles, que no son ningún lugar en concreto, y desde el punto de vista de nadie en particular [p. 139]. Es el lugar “obje-

tivo” desde el que nos ven como somos, pues no hay nada oculto en aquello que publicitamos y difundimos, pero descorporeizados de nuestra dimensionalidad física y personal.

Esta es una forma óptima de dar satisfacción a nuestro deseo de que nos traten como objetos, de cumplir con el “lado cosa” que somos [p. 139]. No se trata de decir si esto está bien o mal, sino de dejar constancia del asunto. El paroxismo de este ejercicio es cuando, por mor de un simple teléfono móvil, te haces un *selfie* que subes a la red.

Ahí te tienes. A ti mismo capturado por tu propio ojo. El mismo que hizo la foto en el mismo acto de hacer la foto siendo contemplado por el que hizo la foto. ¡Pura reflexividad! Si deseas culminar tu ascenso a la objetividad desubicada, solo tienes que conectarte a internet y descargar la foto en Facebook, Pinterest [...] para que todo el mundo pueda contemplarlo desde la perspectiva de ese nadie en el que, por arte y magia de ese *selfie*, te has convertido. Conéctate a la página y conviértete en un espectador anónimo de la foto que tú mismo te has hecho a ti mismo. Ahí está. La gloria. [p. 141]

Para pasar a otros asuntos más cercanos a la tradición filosófica, podemos leer el capítulo sexto, “Saber que se sabe”. En él, Javier Vilanova, como experto en teoría de la argumentación, ofrece un extracto de algunos contenidos fundamentales de su anterior libro, *Al menos sé que sé algo. Estrategias argumentativas para fundamentar el conocimiento* [Vilanova (2015)]. En concreto, analiza cuatro situaciones epistémicas, arraigadas en situaciones cotidianas, que parecen ir en contra de la posibilidad de tener conocimiento: (1) Si te contradices, entonces es que no sabes; (2) si puedes estar equivocado, es que no sabes; (3) si te dejas llevar por tus intereses personales o tus emociones, no sabes y (4) si usaste la conclusión antes de llegar a ella, entonces no sabes. En los cuatro casos, el autor argumenta muy convincentemente, en contra de distintas porciones de la tradición filosófica y lógica, que negar la posibilidad del conocimiento por estos motivos está basado en una concepción errónea de lo que los seres humanos pueden alcanzar con sus recursos cognitivos limitados y vulnerables. No somos seres cognitivamente perfectos, pero ni falta que hace para poder tener conocimiento, como tampoco hace falta que un balón sea una esfera perfecta para poder jugar al fútbol o al voleibol.

En efecto, durante mucho tiempo la gente, y en especial los filósofos, se han dedicado a discutir los distintos factores que pueden impedir que nuestros procedimientos de adquisición de conocimiento alcancen la meta

buscada. [...] Ha llegado la hora de centrarse en la posibilidad de acierto. Así es. Tenemos que pasar de discutir la infalibilidad a discutir la acertabilidad, de preocuparnos por la posibilidad de estar equivocados a preguntarnos cómo es posible que podamos estar acertados (incluso aunque no lo estemos). Dejar de traumatizarnos por la dificultad, complejidad y escasez del conocimiento y empezar a examinar los factores que hacen que, aun a pesar de tantos impedimentos, en ocasiones alcancemos esa anhelada situación en la que, creemos, tenemos justificaciones razonables y, encima (aunque sea con algo de suerte), lo que creemos se corresponde con los hechos [p. 173].

No puedo estar más de acuerdo con este diagnóstico. Lo que hace falta es darle cuerpo e integrarlo en el conjunto de las discusiones actuales en epistemología y filosofía de la ciencia para mostrar cómo es posible que se dé esto y qué consecuencias tiene para el establecimiento de los límites del conocimiento humano.

Todo lo dicho hasta ahora es filosofía hecha desde el sentido común; vale decir, filosofía bien argumentada. Ahora toca hablar de la segunda parte del libro en la que Javier Vilanova reflexiona sobre las características del sentido común, es decir, sobre el prisma desde el que ha estado argumentando en la primera parte.

Muy sumariamente, el sentido común es simplemente una expresión útil para hablar de una forma indeterminada de los conocimientos compartidos que tenemos y que se expresan y reflejan en las acciones cotidianas. Hay cosas que la gente hace por sentido común y que hace bien gracias a él. Javier Vilanova nos ofrece algunos rasgos fundamentales del sentido común, ese reservorio de la inteligencia colectiva logrado gracias a la colaboración social. En este aspecto, el sentido común y la ciencia se parecen mucho.

Los rasgos del sentido común serían los siguientes.

1. Es un conocimiento obvio, evidente, de una certeza palpable, pero en absoluto trivial. Si algo es de sentido común, no hace falta justificarlo más. Más bien apelamos a él para justificar lo que hacemos y decimos. Hemos tocado fondo en la cadena de justificaciones.
2. Es un conocimiento tácito o implícito pero expresable. Hay cosas que no haría falta explicar porque son de sentido común, pero llegado el caso podríamos hacerlo.
3. Es un conocimiento cotidiano o familiar pero no solo.

En el heteróclito corpus de conocimientos que alberga un adulto contemporáneo (la gran mayoría de ellos altamente especializados y algunos tremendamente complejos) el sentido común representa algo así como el hogar o la casa materna [p. 188].

4. Es un conocimiento básico, en el sentido de que, de nuevo, no se piden justificaciones o pruebas para él, ni se necesitan, como sí hacen falta en la ciencia o la criminología. Lo que es de sentido común no se discute. Es algo que hemos “mamado” desde pequeños [p. 189]. Sin embargo, esto no significa que sea irreflexivo o incorregible.
5. Es un conocimiento práctico, útil. No es tanto un “saber que” como un “saber cómo”. Nos permite saber cómo desenvolvernos satisfactoriamente en las plurales y cambiantes circunstancias con las que nos toparemos en la vida.
6. Es un conocimiento vago y borroso pero no indefinido. Para clavar un clavo hay que darle fuerte al martillo. Esto lo sabemos por sentido común. Sí, pero, ¿con qué fuerza? Depende, de una forma vaga y difusa, del clavo, del martillo, de la superficie, etc. En la mayoría de los casos resolvemos el problema fácilmente, pero de una forma práctica.

En síntesis:

El sentido común es el conocimiento común sobre los hechos comunes en torno a cuestiones comunes. O lo que es lo mismo, es un conocimiento compartido por la gran mayoría de las personas sobre los hechos más generales en torno a las cuestiones más básicas [p. 195].

7. Esta generalidad, sin embargo, tiene que ser compatible con otro rasgo del sentido común, a saber, que es variable histórica y geográficamente. Habrá, por tanto, temas de sentido común que compartamos todos o la mayoría de los seres humanos y otros que serán más locales.

Todas estas propiedades, sin embargo, no nos ofrecen criterios necesarios y suficientes de pertenencia de un conocimiento o una práctica al sentido común pues ellas mismas son también vagas. Nuestro acercamiento al sentido común tiene que ser a la fuerza tan genérico como lo es él mismo. La razón es que, dado que el sentido común es una enorme masa amorfa y

dispersa de conocimientos y maneras de hacer cosas, es normal que dicho conjunto solo comparta propiedades vagas y genéricas [p. 195].

Como todo en la vida, el sentido común tiene también una génesis. ¿De dónde procede? Javier Vilanova piensa que esta cuestión no es demasiado importante. Da lo mismo de dónde proceda. Lo que sabemos es que la mayoría de nosotros compartimos reglas, formas de pensar y hacer cosas que son el resultado de muchos factores como la genética, la educación, la historia, la cultura y, sobre todo, la experiencia acumulada, la experiencia de todos y cada uno de nosotros. Este último rasgo es absolutamente fundamental. El sentido común es el producto del método generalizado de ensayo, error y corrección a lo largo del tiempo llevado a cabo por muchas personas distintas. El número, la cualidad y la pluralidad de individuos que intervienen es la clave para que los contenidos del sentido común se vayan sedimentando. Un ejemplo que pone Javier Vilanova es preguntarse cómo es posible que distintas culturas hayan llegado a establecer formas de preparar alimentos, y alimentos tan diversos, como parte de su dieta diaria. Los seres humanos comen todo tipo de cosas preparadas de muchísimas maneras distintas. Este resultado surge de probar lo mismo en todas las circunstancias posibles y ver qué pasa y, en función de las consecuencias, volver a probar, en un bucle constante hasta que nadie se piense dos veces qué comer.

El sentido común ha tenido que soportar, sin embargo, los empujones críticos de la lógica, la ciencia natural y la filosofía, aunque cada vez más se va abriendo paso la idea de que es necesario reivindicarlo. Frente a las lógicas clásicas, monótonas, de tipo deductivo e inductivo, se desarrollan lógicas no-monótonas en las que se procede de formas mucho más flexibles y en las que las conclusiones se adaptan, revisan e interpretan inteligentemente según la situación. Estas lógicas no-monótonas reflejan mejor cómo razona en general la gente. Movimientos semejantes para valorar el sentido común y desentrañar sus formas de actuar se pueden encontrar en la psicología, la antropología o la inteligencia artificial. En este último caso, los mayores retos proceden no de emular lo que hacen los expertos desarrollando “sistemas expertos”, sino lo que hacemos con nuestro *common reasoning*. Es más difícil crear un sistema que casque bien un huevo que crear otro que juegue de maravilla al ajedrez.

La ciencia natural es la que ha puesto más reparos a las formas de pensar y actuar que provienen del sentido común. Según estas críticas, el sentido común está basado en prejuicios erróneos. Así sucede con la “física popular”, la “psicología popular” y, en general, con todo lo que tiene que ver con las concepciones comunes del mundo en contraposición a

las científicas. Javier Vilanova trata de mostrar que esta dicotomía y el dilema que se nos presenta a propósito de ella no tienen sentido porque todas estas críticas están basadas en una mala comprensión del sentido común. Aquí hay que hacer varias consideraciones. Me detendré un momento en una de ellas. Frente a la tendencia a prescindir de las diferencias para subsumir los fenómenos en el “impersonal igualador de todo que es la ley universal” y a la propensión a unificar teorías de diversas especialidades en una sola, el sentido común está volcado a resolver problemas prácticos cotidianos [p. 251]. Para hacerlo, necesariamente tiene que tener en cuenta las particularidades de las situaciones. Por eso no ofrece, ni tiene sentido pedirle, una visión unificada, simple y ordenada de las cosas. La ciencia y el sentido común “son dos cosas distintas que tienen funciones diferentes. Preguntarse cuál es el mejor instrumento para el conocimiento [...] es como preguntarse cuál es el mejor utensilio para comer, la cuchara o el tenedor. La respuesta es, claro está, ‘depende’” [p. 252].

Había quedado establecido que las “reglas” del sentido común son vagas y muy complejas. De hecho, según Javier Vilanova, lo son muchísimo. De ahí que no estén escritas. Sin intentar expresar cuál es la estructura “esencial”, “común” del sentido común, tarea que no tendría ningún sentido, el autor ofrece un acercamiento aproximativo a esta cuestión. Una regla de sentido común se parecería a esto:

En una situación parecida a A, haz algo del estilo de B, y si el resultado se parece a C o a D pero sin que ocurra E, entonces la solución puede ser F, o quizás G. [p. 241].

La regla incorpora seguramente también cualificaciones vagas del tipo mucho/poco además de muchas otras matizaciones según el contexto. Es, por tanto, la persona la que debe saber cómo aplicarla a su caso particular en sus circunstancias presentes.

Normalmente no hay una sola cosa que queremos lograr ni una sola cosa que podamos hacer, por lo que hay otras reglas que pueden ser útiles o relevantes a la situación. Esto nos obliga a modificar la interpretación de las distintas reglas que vamos a aplicar para producir una estrategia global que sea consistente y razonable [p. 241].

Como se ve, hacer algo de sentido común es tarea terriblemente compleja. En virtud de todas estas advertencias, parece que lo único que podemos concluir cuando queremos tomar una decisión o realizar una acción de “sentido común” es lo siguiente: lo más seguro es que quién sabe. No

solamente están las distintas reglas que sería apropiado aplicar al caso particular; no solamente están las cualificaciones y matizaciones que habría que introducir en ellas, sino también la interpretación que hagamos de cada una y cómo las integremos en un todo “consistente y razonable” [p. 241]. Parece que, para una ayuda de este estilo, mejor no pedirla. Habría que tener mucho sentido común para aplicar bien las reglas de sentido común y atinar en su función y relevancia para el caso particular. Pero esta operación meta-reflexiva sería muy complicada, dado lo que el autor nos ha dicho. Que el sentido común se transmita mejor mediante anécdotas, historias y fábulas que mediante recetas del refranero tampoco arregla las cosas [p. 244]. ¿Hay que ser cigarra u hormiga? Depende. Hagas lo que hagas, en parte acertarás y en parte te equivocarás.

La conclusión, paradójica, que extrae Javier Vilanova de todas estas consideraciones es la siguiente:

Si miramos a sus reglas, entonces el sentido común es muy, muy vago. [...] Ahora bien, si miramos a sus aplicaciones, si miramos a las acciones, decisiones y juicios, entonces el sentido común es casi siempre preciso. Qué fue lo que hizo X, y que lo que hizo X era de sentido común es, en la mayoría de los casos, algo muy claro y determinado [p. 245].

Es decir, si lo que hizo y dijo alguien es o no es de sentido común parece ser un rasgo “objetivo” de lo que hizo y dijo, independientemente de que estos o aquellos individuos sean capaces de verlo. Los que tienen sentido común lo verán, los que no, no. En este aspecto se parece a la prudencia aristotélica. La dificultad es que, en virtud de lo que el autor nos ha explicado sobre la estructura, interpretación y coordinación de las reglas del sentido común, es difícil ver si algo es o no es de sentido común, al menos en muchos casos. Lo que argumenta Javier Vilanova sobre el sentido común se parece también a lo que se decía del oráculo de Delfos. El dios Apolo nunca se equivocaba cuando transmitía sus mensajes a los humanos a través de la sacerdotisa. Pero si la persona que hacía la pregunta al dios no interpretaba bien el mensaje, sus acciones terminaban en un completo desastre. Si era un político o un general, podía llevar a la ruina y a la muerte a muchos. Cuando esto pasaba, siempre era posible decir, “¡ves!, te lo dije, pero, como eres un insensato, no has interpretado bien lo que te decía y por eso te ha pasado lo que te ha pasado. El problema no soy yo ni mi mensaje sino tú”. El sentido común comparte rasgos importantes con esta forma oracular de expresión, aunque esté sujeto a auto-corrección y auto-modulación, cosa que el dios no lo estaba.

Es ahora cuando se ve bien por qué tiene sentido preguntarse si podemos hacer filosofía desde el sentido común sobre los temas que Javier Vilanova aborda en la primera parte del libro. A mí me gusta y me parece muy bien lo que dice en los primeros ensayos y aconsejo a todo el mundo que los lea. Aparte de pensar mucho, quien los lea se divertirá también mucho. Se podría decir que están llenos de sentido común e ironía. Para el autor esto sería un halago. Yo, ciertamente, le halago por lo que dice en ellos. Sin embargo, me resulta difícil precisar si lo que dice es de sentido común, dada la enorme generalidad, vaguedad y desestructuración que lo caracteriza, o, simplemente, es el resultado de las capacidades argumentativas y destrezas filosóficas del autor afinadas a lo largo del tiempo. El problema no es, empero, solo del sentido común sino también de la filosofía, también algo vago e indeterminado en muchos casos.

Si queremos hacer, además, filosofía desde el sentido común sobre el sentido común, que es a lo que propiamente asistimos en la segunda parte del libro, entonces el problema previo se multiplica por mil. ¿Cuánto de filosofía desde el sentido común hay en lo que dice el autor sobre el sentido común? De nuevo, yo diría que merece mucho la pena pensar en lo que nos dice Javier Vilanova sobre el sentido común, pero en ello, como siempre, hay tanto problemas como muchas ideas felices. Y no está claro si los aciertos que hay en lo que dice son atribuibles al sentido común ni si los problemas que hay en lo que dice son atribuibles a que no tiene mucho sentido común.

Quisiera hacer un último apunte. El lector que tenga un bagaje filosófico se puede preguntar hasta qué punto lo que dice Javier Vilanova sobre el sentido común es similar a lo que dice Wittgenstein sobre la noción de certeza en *Sobre la certeza* [Wittgenstein (1969)]. Muy brevemente, también el ámbito de la certeza es vago, está constituido por muchos elementos distintos y heterogéneos y no se suele expresar. Además, se refleja más bien en lo que hacemos que en lo que decimos y no tiene justificación, sino que las justificaciones parten del suelo relativamente rocoso de las certezas, aunque estas son modificables con el tiempo y sensibles al contexto cultural. Una parte importante de ellas también depende de nuestra animalidad. Como se ve, estos elementos suenan parecido a lo que dice Javier Vilanova sobre el sentido común y su relación con nuestras acciones, pensamientos y elecciones. Sin embargo, parece que hay un elemento distintivo en lo que dice Wittgenstein que no es compartido por el sentido común, a saber, precisamente su certeza. Sería extraño pensar que las reglas de sentido común formaran parte de las certezas wittgensteinianas pues poca certeza hay en reglas de perfiles tan

borrosos, tan imprecisos e indeterminados. Creo que sería interesante que Javier Vilanova nos explicara los aires de familia que pueda haber entre sus puntos de vista y los de Wittgenstein.

Tengo la sensación de que, al final, el mensaje global del libro es: piensa bien siempre que puedas y de una forma que sea ajustada y adecuada en relación con el tema que estés discutiendo y la finalidad que persigas. No mezcles churras con merinas, es decir, no mezcles el “sentido común”, ese que no existe, con la ciencia o la filosofía, y viceversa. Un libro estupendo¹.

*Departamento de Lógica y Filosofía Teórica
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Complutense
28040 Madrid
E-mail: oscar.gonzalez@filos.ucm.es*

NOTAS

*Las indicaciones entre corchetes de número de página sin ningún otro añadido se refieren al libro de Vilanova (2021), objeto de esta nota.

¹ Este trabajo se inscribe en el marco del proyecto de investigación *Vulnerabilidad Cognitiva, Verisimilitud y Verdad* (FFI2017-84826-P) financiado por el Ministerio de Ciencia e Investigación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ORTEGA Y GASSET, J. (1933/2012), *En torno a Galileo*, Madrid, Tecnos.
 VILANOVA, J. (2021), *Filosofía de sentido común*, Madrid, Guillermo Escolar
 — (2015), *Al menos sé que sé algo. Estrategias argumentativas para fundamentar el conocimiento*, Madrid, Guillermo Escolar.
 WITTGENSTEIN, L. (1969), *On Certainty*. G.E.M. Anscombe and G.H. von Wright (eds.), Oxford, Blackwell.

ABSTRACT

The vindication of common sense as the justificatory background of action and thought is problematic given the general and vague character of its alleged rules and the way in which they have to be properly interpreted by the agent. In turn, this affects whether it is possible to do philosophy using common sense and whether there is something distinctive about it.

KEYWORDS: *Rules, Interpretation, Vagueness, Common Sense, Philosophy, Science.*

RESUMEN

La reivindicación del sentido común como el trasfondo justificativo para la acción y el pensamiento es problemática dado el carácter general y vago de sus supuestas reglas y la manera en que tienen que ser interpretadas adecuadamente por el agente. Esta cuestión tiene consecuencias a la hora de determinar si es posible hacer filosofía desde el sentido común y si hay algo característico cuando lo hacemos.

PALABRAS CLAVE: *reglas, interpretación, vaguedad, sentido común, filosofía, ciencia*